

Energúmenos, epígonos y expertos

¿Existen las culturas nacionales? ¿Existe algo así como una «cultura española»? En última instancia, ¿existe España? Cualquiera que sea el motivo de la advocación, el universal que la preside es, cuando menos, discutible, tanto como lo es cualquier tentativa de síntesis, todo ensayo de articulación de la inmensa variedad de fenómenos que conforman lo que se suele llamar «cultura española actual». Más tarde o más temprano, se acaba chocando contra ese obstáculo insalvable que es llegar a definir una conciencia o un espíritu unitario para esa variedad. No parece que haya un sentido o un valor que las distintas manifestaciones culturales de la Península Ibérica sientan común y a la vez propio. He aquí el problema más serio que enfrente al escribir estas cuartillas sobre el panorama actual del ensayo como un género de la prosa en la «cultura española» del presente.

Contra lo que pudiera deducirse a partir de su protagonismo —este año, sobre todo— en los medios de comunicación, España no existe más que en el mapa y en las reuniones internacionales, en los acuerdos de frontera y en algunos litigios coloniales, y sobre todo en el momento de pagar los impuestos.

¿Pero acaso es necesaria España como representación? Si nos atenemos al uso habitual, parece un signo negativo, como un exorcismo: lo que no se quiere ser, lo que se es y que duele y por lo tanto se arrastra como una penitencia, aquello de lo cual mejor no acordarse. Dada la complejidad de los pueblos que habitan estas tierras y la identidad negativa en la que se reconocen, ¿merece la pena continuar esgrimiendo el rótulo para forzar la identificación de lo que carece de principio diferencial y propio? A mi juicio, no. Por lo mismo, parece poco razonable encarar un análisis de «lo español», en cualquiera de sus manifestaciones, partiendo de un signo tan problemático, referencia prejuiciosa de la que nadie está dispuesto a hacerse cargo sino a costa de incurrir en patriotismo. La voz «España» sólo se llena de contenido cuando se la invoca desde tierras lejanas o desde antiguas colonias americanas y en la imaginación de los millones de inmigrantes «hispanos» que pueblan México, Buenos Aires, Hamburgo y Nueva York, o cuando sirve de estribillo amenazador en boca de las bandas de adolescentes nihilistas que animan al Real Madrid. A despecho de su engañosa transparencia, de su evidencia aparentemente trivial, es verdad que esta voz sobrevive en nuestro vocabulario, pero tan sólo como residuo de un imperio desaparecido. Así se

la repite desde los organismos de intercambio y propaganda de la llamada cultura oficial cuyos fastos mayores se celebran en estos días en Sevilla con una monumental feria planetaria de atracciones. Desde Barcelona —y se ha de tener presente que quien esto suscribe es porteño de nacimiento y de formación, español por adopción y, desde hace quince años, barcelonés por residencia— se la tiene como una voz vacía cuya entidad actual es equiparable a la que tendría el Sacro Imperio Romano-Germánico si se lo invocase para designar la Alemania unificada.

Existen, sin duda, los españoles, pero uno se pregunta si son tales y no más bien una nutrida variedad de etnias y culturas regionales, algunas de ellas con lenguas y costumbres antiquísimas, con geografías de tremendos contrastes entre sí y con una creciente voluntad de desmembración y de autonomía económica y política. Estas comunidades hace tiempo que profundizan sus diferencias nacionales y resisten toda reducción a una unidad que, como en Yugoslavia, sólo se apoya en el ejército, en un puñado de monopolios estatales con sede central en Madrid, y en una culpa colectiva: la Guerra Civil. Pero se necesita algo más para hablar con fundamento de una legítima cultura nacional.

Desde tiempos inmemoriales la proyección de una cultura nacional con sus propios rasgos ha dependido cuando menos de dos factores principales. Por una parte, de su constitución por autorreferencia, por reflexión sobre una tradición cultural sedimentada al cabo de largos procesos de homogenización y estabilidad institucional. Y por otra parte, de su capacidad de imponerse política y militarmente sobre las culturas de sus vecinos. Es probable que la única excepción a esta regla no escrita haya sido la antigua Grecia, al menos la Grecia que nos hemos inventado bajo la influencia de los románticos del siglo pasado. Salvo la cultura de los griegos, que consiguió perdurar con identidad propia bajo la dominación romana, todas las demás, mal que les pese a los actuales defensores de la llamada Europa de las Naciones (croatas, moldavos, bosnios, catalanes, rutenios, magiares, escoceses, etc.) han existido en la intimidad de sus pequeñas sociedades aldeanas, en sus literaturas marginales y oprimidas, en su imaginario, en su folklore y en el rencor acerado que siglo tras siglo han ido alimentando bajo la hegemonía de alguna otra nación o cultura dominante, pero no han perdurado por ellas mismas sino en la realidad de un vasallaje unas veces humillante y otras veces afortunado,

pero siempre inevitable. Esas naciones hoy emergentes sólo fundan su legitimidad histórica en su propia diferencia, más o menos como las pequeñas comunidades que pueblan la Península Ibérica actual, pero nunca han sabido —o querido, o podido— imponerla a sus vecinos. Resulta una paradoja que, en plena saturnalia de la hispanidad, España vaya siendo sustituida por un conjunto de culturas en dispersión y en estado de mutua indiferencia y sólo atine a mantenerse como el remedo del imperio que fue. De esa vocación imperial que se remonta a la España de los Austrias nos queda sólo la sombra o el eco que resuena en el rótulo, bastante del empaque con que aún hoy se trata a todo aquél que llega «del ultramar» y la necesidad de contar con una representación colectiva, una España vertebrada, como pedía Ortega, pero que en verdad sólo se concreta para los intercambios internacionales o bien para interpretar unitariamente los prejuicios que los españoles entienden como idea de sí mismos, las más de las veces, injustamente autodenigrantes. Contrastada con la realidad del mosaico de pueblos, regiones y ciudades que forman la Península, dicha representación resulta demasiado vaga para conformar una cultura de referencia propia, o tiene resonancias siniestras, tras las décadas de prédica nacional-católica del franquismo, que la utilizó como bandera.

Por otra parte, la identidad «española» resulta problemática cuando se muestra incapaz de asegurar, con títulos o con realizaciones, el supuesto patrimonio de la lengua propia. En efecto: si la lengua es el elemento fundacional e irrenunciable de una cultura, cabe suponer que perdura lo español en la vitalidad de la lengua castellana. ¿Pero acaso no es la lengua de centenares de millones de hablantes desparramados por varios continentes? Toda pretensión, como la que solapadamente inspira al flamante Instituto Cervantes, de poner la irreductible variedad del habla de Miami, de Bucaramanga, Tucumán, Tijuana, Arequipa y Cádiz, bajo un mismo patrón hegemónico peninsular no tardará en mostrarse como vana e irrisoria y en revelar el atavismo imperial que la guía, síntoma del malestar de una nación que antaño fue lo suficientemente poderosa como para imponer sus propios Papas en Roma y mantener a medio orbe en un puño, y que, tras el caso, nunca se ha resignado a reconocer que aquello está perdido.

La nostalgia del Imperio asoma detrás del sordo sentimiento de inferioridad que aflora en los propios españoles cuando comparan su cultura con otras de Europa y, por compensación, en las discriminaciones que se suelen aplicar a toda cultura «hispana» diferente, rechazo inocultable que no se manifiesta en lisa y llana discriminación racial simplemente porque hay un océano de por medio, pero que se deja ver en la persecución de los acentos —hablados y escritos— venidos del ultramar y en la constante reivindicación de la autoridad española sobre la lengua castellana, cuyo encanto principal reside en que ya no puede reconocerse como tal lengua *española* sino que, igual que otras lenguas universales, se ha convertido en una *koyné* compuesta por abigarrado mestizaje e imbricación, sin identidad académica posible y sin administración o regla que pueda regimentarla.

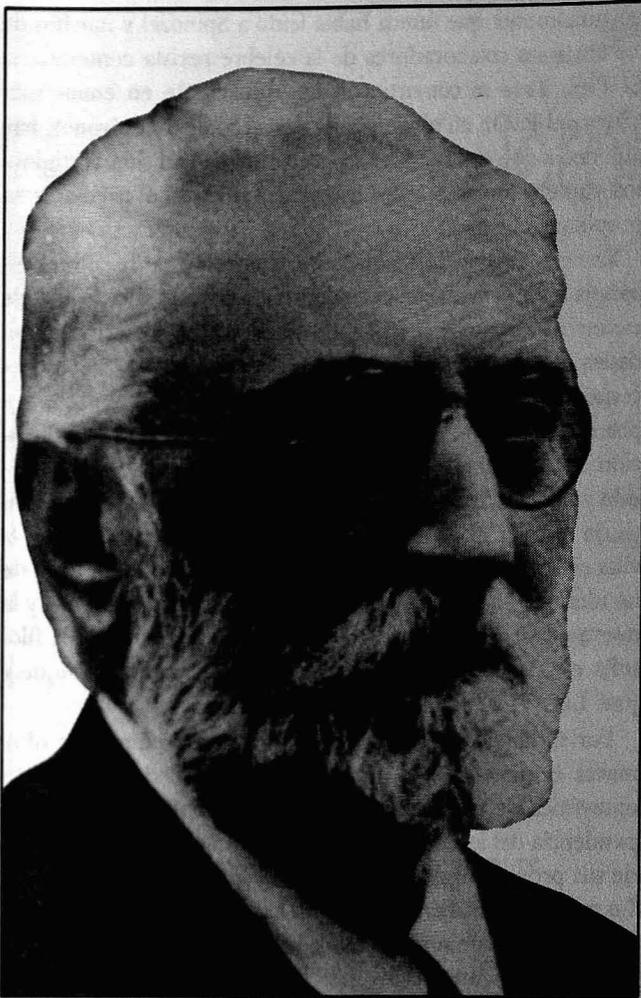
Me he detenido en la crítica de «lo español» como representación de la cultura que se hace en estas tierras porque

encuentro enormes dificultades para reunir bajo un mismo patrón, obras y tradiciones tan disímiles como las que hoy en día se leen y se escriben en Barcelona, Madrid, Sevilla u Oviedo. Otro tanto cabría decir de lo difícil que resulta hablar acerca del género «ensayo», género que, bajo el efecto de la gran comunicación de masas, la industria editorial y la educación también masiva y centralizada, ha quedado desdibujado hasta el punto de que sus contornos en la actualidad parecen menos definidos que nunca, en la medida en que se extienden sobre una amplísima gama de prosas que van desde la intervención periodística hasta el estudio académico en el no menos vago campo de las llamadas Humanidades, pasando por todos los registros de la opinión, la mitología popular y la historia, la semiología y la crítica social, la literatura panfletaria, la teología, la divulgación científica y la autobiografía. Si no cabe definir ninguna expresión como típica o característica española —ni siquiera la detestable costumbre de reunirse en una plaza para maltratar cruelmente a un toro—, ¿cómo y por qué reconocer como «españoles» a ensayistas tan diferentes y tan poco comparables entre sí, como el ovetense Gustavo Bueno, el catalán Xavier Rubert de Ventós o el valenciano Joan Fuster?

Y, sin embargo, hay pocas manifestaciones tan puramente «españolas» como el ensayismo.

Sólo se me ocurre invocar una única razón que justifica proponer una referencia común para obras y personajes tan disímiles, salvada que sea la cuestión sobre la supuesta identidad «nacional» de los españoles, y es la referencia a una tradición vernácula que se perfila tanto en un estilo como en un espíritu, en el llamado ensayismo hispánico, producto, como en otras regiones de Europa, del ascenso de la intelectualidad burguesa en la segunda mitad del siglo pasado. Los trabajos de Juan Marichal, la *Antología* de Gaos y la historia de Abellán, independientemente de los juicios que nos merezcan cada uno por separado, podrían servir como fuentes primarias para el estudio de esa tradición del ensayismo español que sin duda se reconoce, con todos los atributos del género, en la obra de escritores a caballo entre los siglos XIX y XX, como Unamuno, Ortega, Bergamín, Azorín, Eugenio D'Ors, y sobre todo en sus herederos directos, casi todos ellos genuinamente ensayistas. Me refiero, por ejemplo y porque es inevitable que este tipo de artículos incurran en las odiosas enumeraciones, a María Zambrano, José Ferrater Mora, Joaquín Xirau, García Bacca, Francisco Ayala, entre los que conformaron la nutrida hueste de los exiliados, antes, durante y después de la Guerra Civil; y, entre los que lidiaron con la España franquista, unos tolerados y otros perseguidos, destaco a Julián Marías, Laín Entralgo, Aranguren, Manuel Sacristán y muchos otros representantes de una generación culta marcada por la opción entre la complicidad, el ostracismo y la impotencia.

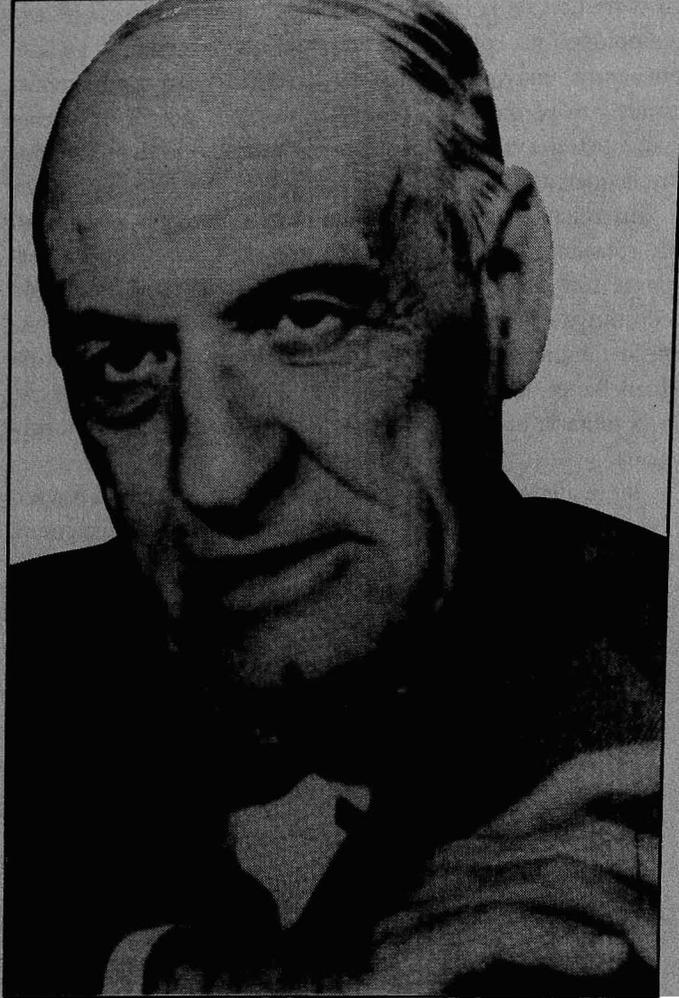
Esta corriente fundacional del ensayismo español, de origen y modos decimonónicos y de herencia quebrada por la guerra, presenta algunos rasgos característicos y significativos. En la mayoría de estos intelectuales hay una voluntad de estilo y de autoría. Sus ensayos se corresponden con la fórmula clásica del género si no inventado (García Gual remonta los ori-



Miguel de Unamuno

genes del ensayo, como mínimo, a Plutarco), consolidado por Montaigne, tanto si intervienen en la prensa diaria como si abordan cuestiones que requieren de mayor profundidad teórica. Se trata de escritores que escriben y polemizan como autores. Los suyos son, en su mayoría, textos de constante autorreferencia, es decir, discursos atravesados por la propia personalidad del autor o en todo caso dictados por una militancia que deja ver filiaciones y recelos, y que casi siempre acaban sentando posición en la larga, la interminable conversación que caracteriza el estilo de la cultura burguesa. Lo mismo da, en este sentido, que a la conversación contribuya el lirismo de Zambrano, el racionalismo de Ortega o la manera tan *dandy* que a menudo adopta Bergamín. En todos ellos se expresa el hábito de la tertulia que se nutre de *doxa* erudita, de ingenio o de conocimiento relumbrón.

Entre las virtudes de estos escritores está su autenticidad y su probada confluencia con las ideas del tiempo. Entre sus defectos, la logorrea –un hábito por desgracia ya muy arraigado en la cultura local– y el diletantismo, ambas características que, transmitidas a sus herederos intelectuales y combinadas con la consabida petulancia de esta parte del Mediterráneo, explican que con frecuencia la típica opinión del ensayista hispánico adopte, aún hoy, la forma de una homilía, un rezongo, una críptica amonestación de la que nunca se acaban de conocer las claves, o una abierta diatriba, lanzados sobre una asombrosa variedad de temas. El llamado ensayismo español actual



José Ortega y Gasset

tiene en estos intelectuales su antecedente más conspicuo y define sus pautas con relación a ellos, por continuidad y emulación, por contraste o por omisión.

Quizá convenga añadir que una de las características más notables de esta tradición iniciada con Unamuno es que, a consecuencia de la guerra civil y del largo periodo de oscurantismo que ocupa la dictadura franquista, su herencia no llegó a cuajar en forma de una auténtica *Kultur*. Digamos al pasar que lo trunco parece una constante del destino español: así la Ilustración y el Liberalismo, la industrialización y el espíritu de la modernidad burguesa; incluso la experiencia fascista puede decirse que se tuvo a medias. El hecho de no haber podido transmitir –con la sola excepción, quizá, de los discípulos de Ortega– un legado intelectual coherente que fuera más de cierto estilo, a las generaciones más jóvenes (sobre todo a la generación educada libre del fantasma de la guerra y en la relativa afluencia de la España desarrollista, una generación que hoy en día ocupa casi todos los puestos de relevancia en la sociedad) explica que la actual y nutrida representación de los ensayistas españoles responda, con contadas excepciones, a uno de los siguientes géneros: el de los energúmenos, el de los epígonos, y el de los expertos.

Llamo energúmeno al tipo de ensayista español que reincide sin complejos en la atipicidad nacional, que incluso se resiste a trascender el aislamiento secular en que ha sobrevivido la cultura de este país, rechazando la identificación con

las corrientes de la época en busca de un discurso propio, contemporáneo y a contracorriente en el que a menudo el lector encuentra, una vez superada la barrera del estilo y la imposición, un pensamiento original e insólito, donde es posible hallar una nueva teoría del número, un alegato inflamado contra la guerra justa, una descarnada autocrítica de la Conquista o una reivindicación del tren como alternativa a la sociedad de consumo. Los representantes más conspicuos de esta vertiente son en primer lugar, Rafael Sánchez Ferlosio, quien constituye él solo todo un género, y Agustín García Calvo, pero también incluiría las intervenciones intempestivas de Juan Benet, la obra ensayística del desterrado Juan Goytisolo y la solitaria batalla de Gustavo Bueno contra la religión cristiana.

Junto a esta vertiente inconfundiblemente hispánica la apertura democrática hizo proliferar el discurso de los epígonos, testimonio de la otra dimensión de esta cultura malograda: la de la colonización ideológica que, según el curso de las modas, puede decantarse por la importación del heideggerianismo más rancio, la semiología de Barthes, el nuevo periodismo norteamericano o la última versión del marxismo crítico al modo de Jon Elster. Modelos, todos ellos, copiados y reproducidos con perfección casi clónica. La cultura epigónica española, además, ha permitido durante la transición democrática, los más sorprendentes cambios de rumbo. Así, Enrique Gil Calvo pasó del marxismo libertario a la reivindicación del estado de fiesta; Gabriel Albiac derivó su althusserianismo juvenil en spinozismo marrano (aunque Althusser confesara

póstumamente que nunca había leído a Spinoza) y muchos de los antiguos colaboradores de la célebre revista contestataria *El Viejo Topo* se convirtieron oportunamente en eminencias grises del PSOE en el poder. En descargo de los epígonos, hay que decir que estos quince años en España han sido vertiginosos y que muchos de estos tráfugas pagaron el precio de su propia precocidad.

En tercer lugar, la rápida reincorporación de la cultura española a la llamada modernidad ha generado una legión de expertos, distribuidos en los distintos campos de las humanidades. En ellos, pese al relativo efecto de su obra actual que es consecuencia de la levedad que afecta a toda la cultura europea contemporánea, cabe ver la base de la futura consolidación de un pensamiento peninsular de fundamento teórico sólido y perdurable. Subrayo aquí la tentativa de Victoria Camps de romper el cerco académico que separa a la ética de la vida corriente, los ensayos de Salvador Giner sobre historia de las ideas, la obra de Antonio Escohotado sobre las drogas, y la nueva erudición, libre de la nefasta influencia curil de la filosofía española, que desarrollan en sus trabajos Félix Duque y José Luis Villacañas.

Por último, hay que mencionar algunas figuras cuya obra marca el signo de una auténtica renovación de la tradición ensayística de este país, curiosamente desarrolladas con independencia del legado decimonónico vernacular y a contrapelo de sus propias formaciones en pleno oscurantismo franquista. En primer lugar, Fernando Savater, probablemente el intelectual más brillante surgido con la transición, autor de una obra vastísima y figura decisiva en la consolidación de la llamada España moderna; Eugenio Triaś, desde hace años empeñado en la construcción de un pensamiento filosófico original recreado en un vocabulario propio; Xavier Rubert de Ventós, quien desde una temprana contribución a la estética contemporánea ha ido derivando a la política; y finalmente Rafael Argullol, cuya obra está, desde sus inicios, comprometida en la recuperación, a través de un estilo propio, del discurso del ensayo para la literatura, de donde no debió haber salido nunca.

Si tuviéramos que juzgar la extraordinaria eclosión de ideas y discursos generada en este país a partir de la transición democrática, desbrozando su irregularidad y sus falencias, y lo hiciéramos únicamente en función de la atención que el resto de Europa le ha prestado, nuestro balance sería sin duda descorazonador. Aún hoy, la contribución española se mira a través de la obra de Ortega y se reserva a los departamentos de hispanismo en las universidades y rara vez se incluye en los catálogos de las editoriales extranjeras. Otro tanto cabría añadir de la actitud reticente con que no sólo el ensayo sino también la narrativa hispánica son seguidos en Latinoamérica. No estoy en condiciones de explicar las razones de este juicio tan poco alentador para quienes trabajamos en este medio. Seguramente la explicación se encuentra en antiguas contingencias que afectan al curso de la cultura y la historia de todos los pueblos. Sólo sé que, sobre mi propia experiencia, ese juicio es en gran medida injusto. ◇



María Zambrano